

METAFISICA DEL ESPACIO

•EL CAOS.

En una publicación reciente que llevé a cabo en Diario de Burgos (mes de abril último), pretendí dar una síntesis muy somera de las teorías espaciales de un sabio italiano moderno llamado Marco Todeschini, (1) y su relación actualizada con los pensamientos de Descartes y Spinoza.

Hablábamos de tres espacios unisubstanciales con densidad propia y diferente, aparentemente ubicados en un concepto geométrico total, que nuestra apreciación sensorial considera «espacio».

En este artículo pretendo ahora mas bien ahondar en el subtítulo del «espacio caos»; espacio negativo, donde se mezcla, destruye o se escapa el segundo espacio, que es el de la materia aparente.

Para los dos primeros espacios; el interastral, que existe entre planeta y planeta, estrella y estrella, galaxia y galaxia; así como el concentrado; es decir, aquel espacio infinitesimal que llena los huecos de las partículas atómicas con no menos abismos relativos entre ellos que los existentes en los espacios siderales, pueden concebirse en nuestro intelecto. Sin embargo, el concepto de espacio «negativo», fuera de su representación matemática o filosóficamente especulativa, resulta irracional. En efecto, en las representaciones gráficas de los cuadrantes negativos en geometría descriptiva o las traducidas en ecuaciones para la geometría analítica aparece el espacio negativo de una manera puramente convencional. Los signos negativos solamente resultan razonables como sustraendos, y en economía como potenciales de una obligación crediticia, pero concebir

(1) Marco Todeschini, Profesor, ingeniero, hombre de ciencia en Italia reside en Bergamo. Fue en su juventud coladorador con Marconi y Lev-Civita y es profesor de mecánica racional en la Escuela Politécnica de S. T. G. M. Es también miembro de varias sociedades y academias italianas y extranjeras.

un espacio por puequeño que sea negativo, es para nuestra razón poco menos imposible, como lo es el tiempo reversible.

Para Todeschini no hay espacio vacío, y desde el momento que es espacio su existencia está supeditada a un movimiento, siendo por lo tanto un flúido, substancia única donde flotan los astros o las partículas de los átomos animadas por un motor centrifugal.

El tercer espacio (el negativo) que pudiéramos llamar el caos, para los griegos suponía un vacío absoluto, algo totalmente desértico que produce horror, y de ahí el concepto de la antigua física de «horror al vacío».

El caos es abismo. Sin el caos la materia de los espacios positivos, únicos que concibe nuestra mente, sería incorruptible, y la creación se mantendría en un paraíso. Con el caos, el tiempo, que es como si dijéramos flúido especial en movimiento, de origen crador y psíquico, nos da la sensación que se pierde o vierte en una alcantarilla sin fondo. El caos es, pues, caída, y no lo digo por su aparente etimología filológica. Puede ser, ¿Por qué no?, la caída bíblica, la ubicación de Satanás o del averno, puede ser también la razón geométrica de la muerte o de la condenación. Puede ser por último el caos (espacio abismal del tiempo), combinado en la estructura morfológica con nuestro visible 2.º espacio positivo, la substancia plástica o maleable de que se sirve el Creador para realizar la encarnación de nuestros almas, y la aparente sensibilidad de la materia. Considerado como substancia plástica es un barro «afar» (materia prima del alfarero), un caolin (componente químico de la arcilla). En la Revelación la alusión a la arcilla es frecuente a partir del mismo Génesis, unas veces como fragilidad o miseria, otras como imagen de desolación suprema (Salmo XXI-16 «Me has reducido a polvo inanimado», «kohhi» fuerza o materia adhesiva de la que Dios formó a Adam).

Precisamente esta imagen del caolin-arcilla con el caos vacío o abismo, la encuentro yo mayor relación con la aceptación primitiva griega de caos, sinónimo de espacio. También el fango o la arcilla sin moldear resulta ser una substancia sucia, pegajosa y desordenada. El desorden es otro significado del caos.

En el caos —dijimos— habrá que situar la realidad (no el simbolismo) del espacio geométrico negativo. El hombre antiguo —decía Ortega y Gasset tratando de Kant— (libro del tríptico) parte de un sentimiento de confianza hacia el mundo, que es para él de antemano un cosmos, un orden. El hombre moderno parte de la desconfianza, y tiene la genialidad de confesarlo con todo rigor científico. El mundo es para Kant un caos, un desorden. Yo añadiría a las palabras de Ortega y Gasset que Kant se desconcertaba ante el tercer espacio, cuya existencia real todavía no era sospechada por los físicos. La mentalidad de Kant era puramente tradi-

cionalista; es decir la mentalidad que nos lleva a asegurarnos que todas las cosas que concebimos y distinguimos claramente resultan testigos inconfundibles de la verdad. Razonando: «Es así que el espacio dimensional se concibe por la mente humana con claridad, luego no hay otro espacio que el de las dimensiones aparentes». Como muchos fenómenos del conocimiento quedan sin resolver, Kant al bucear en su razonamiento puro se hundía más y más en la arcilla amasada en el espacio caótico. Algo así le ocurría a Spinoza en sus vanas pretensiones de encontrar la unidad de la creación. El pensamiento de Spinoza es, sin embargo, admirable. La unificación de materia y espíritu queda claramente concebido por este filósofo holandés de origen israelita, y de sangre española-lusitana. Como Descartes en Francia, en el que se inspira pretenden ambos darnos un método para la búsqueda de la verdad; es decir, una teoría del conocimiento. La manera de reflexionar del método Spinozista no difiere gran cosa del método cartesiano, salvo el que este último tenía como fundamento la duda o desconfianza, especie de andamio dialéctico, origen también del teatro o drama eterno. Es el mismo procedimiento que emplearon los escolásticos. Por el contrario, el razonamiento en Spinoza se aferra ipso facto a un conocimiento absoluto de la existencia del «yo» que identifica sin dialéctica previa a la substancia divina con la que se adhiere en su «gnosis» o panteísmo extraño. El efecto, mi substancia —dice el filósofo holandés— no puede ser de distinta naturaleza que su causa. La esencia envuelve la existencia, entendiendo por substancia la que es en sí y se concibe por sí, no teniendo necesidad de remontarse hacia el objeto o causa que la ha originado. Pretende decir, en una palabra, bajo un solo razonamiento inmediato, el concepto de finitud e infinitud como atributos de la única substancia absoluta y eterna. Spinoza —diría yo— viene a ser como un ateo dotado de un alto espíritu de misticismo, de un gran amor de Dios; es decir, de amor a sí mismo. Recuerdo a este respecto, que el poeta romántico francés Alfred Musset señalaba en una de sus poesías ese «credo amor» de Spinoza hacia consigo mismo.

Descartes en el «discurso del método» en su célebre frase «Pienso luego existo» sus pretensiones son mucho más modestas que las de Spinoza. El espíritu geométrico o matemático de Descartes le lleva al convencimiento de la existencia de Dios. Si pienso que existe y que soy finito —dice Spinoza— es que también pienso y conozco que hay infinito, luego Dios existe y mi alma viene a confundirse con la de Dios. Para Descartes todavía, la ubicación del alma no resulta demasiado clara. El mismo lo confiesa en una de sus cartas (carta dedicada, creo recordar, a una princesa austriaca) «que sería muy pretencioso el pensar que su alteza quedase muy satisfecha» de las explicaciones que le daba.

En el cuerpo veía Descartes un espacio, y en el alma un pensamiento. «Cuerpo extensión y alma reflexión» —dice— están juntos en el hombre: es decir, forman como unidad consubstancial, pero la dificultad de su ubicación es la que embaraza a Descartes. Así dice, que «yo no estoy alojado en mi cuerpo como lo está un piloto en su navío», sino que estoy confundido y mezclado con él. Siendo el alma indivisible, para poder comprender esta última consubstanciación cartesiana, a la vez tan espiritualista, como material, no sería a mi ver en vano tener en consideración esa experiencia frecuente en los mutilados, que como sabemos después de haberles sido amputados sus piernas o sus brazos siguen sintiéndolas o experimentando un dolor en ellos, dolor que no existiendo, no puede ser otro dolor que el moldeado desde el alma.

Descartes en su «método», como Kant en su «razón pura» emplean ambos un procedimiento dialéctico mucho más acusado que el de la ética de Spinoza. Lo característico de Descartes es sugerir la constante duda. Kant —como antes dijimos— le parece estar andando sobre el caos. Spinoza por el contrario, ascético y humilde en su vida privada, nos hace sin embargo, pensar en un íntimo narcisismo teológico.

Hace ahora precisamente un siglo el filósofo y escritor francés Paul JANET (Véase colección «Revue de deux mondes 1868» tomo 5.º dice: «No consiste todo en separar, también hay que unir. No está todo en decir, el alma no es el cuerpo, Dios no es el mundo. La separación exajerada tiene tantos o mayores peligros que la identificación panteísta.

El filósofo italiano, ingeniero y gran matemático actual, Marco Todeschini, ha pretendido en su libro «Scienza Unitaria del Creato», analizar y formular, en relación estrecha, los fenómenos «psicobiofísicos» en una síntesis ambiciosa necesaria para el conocimiento de la creación. Considera los fenómenos materia, masa, peso, gravitación, inercia, calor, electricidad, magnetismo, sonido, luz, olor, sabor, actividades químicas y astronómicas en relación con las ondas corpusculares, todo lo cual, en su realidad objetiva, no significa sino la apariencia única de los fenómenos que produce el «movimiento del espacio». La teoría (1) pretende demostrar que el universo está constituido únicamente por un «espacio fluido» inerte, con torbellinos centrífugos, que constituyen los sistemas atómicos y astronómicos donde se concentra la materia. Los movimientos ondulatorios provocan en nuestra alma, y solamente en ella, las sensaciones de fuerza, luz, sonido, electricidad, etc. Fuera de la personificación sensible de ese movimiento espacial, y que no es otra cosa que apariencia, vivimos en un mundo oscuro, frío, inodoro, sin fuerza, pero únicamente ani-

(1) La importancia de estas teorías es tal, que recientemente varias universidades de Estados Unidos han fundado cátedras para desarrollar los principios de la Psicobiofísica.

ñado por movimientos vibratorios. Los factores resultantes de fuerzas, inercias y aceleraciones, los hace Todeschini extensibles al alma; es decir, a lo psíquico; apoyándose para formularlos en los mismos cálculos de la mecánica clásica de Newton y Galileo. Con cinco ecuaciones generales, ecuaciones más claras que las relativistas de Einstein, resume este sabio la extraña y sugestiva teoría de «la apariencia» y de la unidad del universo mediante el movimiento fluido del espacio.

A mi entender, y después de largas y silenciosas meditaciones, encuentro a la teoría de este sabio italiano, con el que tengo el honor de cartearme, un defecto o fallo parecido al de Descartes o Spinoza, al no considerar suficientemente la realidad del espacio negativo. Estoy seguro que Todeschini en su fuero interno —así le ocurría a Kant—, camina como por otro lado todos caminamos, un poco sobre el fango del caos, dimensión o abismo donde se cuele o se devora el tiempo. Todeschini me confesó un día que era enteramente Cartesiano. Sabido es que Descartes tuvo la pretensión de que nada de misterioso o inexplicable debía de existir en la creación; todo era cuestión de encontrar la causa. Descartes —dispéñeme la redundancia de la palabra—, no era demasiado cartesiano. Como se dice hoy, que hay gentes más papistas que el Papa, Descartes ha tenido seguidores en todo tiempo mucho más cartesianos que él mismo. En efecto, Descartes, que por incitar en su método a la duda, se le ha considerado bastante heterodoxo, guardó su fe de cristiano-católico, como si dijéramos en un cofre, y siguió su labor. Un día, el método hará la Revelación totalmente comprensible.

Los últimos deseubrimientos llevados a cabo con esas imponentes máquinas llamadas ciclotrones o aceleradores de las partículas atómicas, se ha dado a entender de haber llegado al descubrimiento extraño de la «antimateria». Uniendo reflexivamente la teoría de Descartes y Todeschini —materia espacio-vivo—, con la de la antimateria, que forzosamente ha de ser también otro espacio, me da la sensación de encontrar una resultante metafísica más aproximada a la Revelación y de mayor esclarecimiento. En efecto, entre la materia y la antimateria parece existir, según los más recientes descubrimientos atómicos, una especie de cortina o magma ígneo a temperaturas altísimas; algo así como el colador purgante o infernal del tiempo. Sin ese colador o muralla —dice Boudker— el universo se aniquilaría.

Ese lenguaje extraño de la ciencia experimental, a base de los elementos magníficos que ahora poseen los sabios, parece tener los ecos poéticos del Dante o de Milton. El caos, abismo o fango, lo ha descubierto el ciclotón de las materias aceleradas del átomo.

PRÓSPERO GARCIA GALLARDO